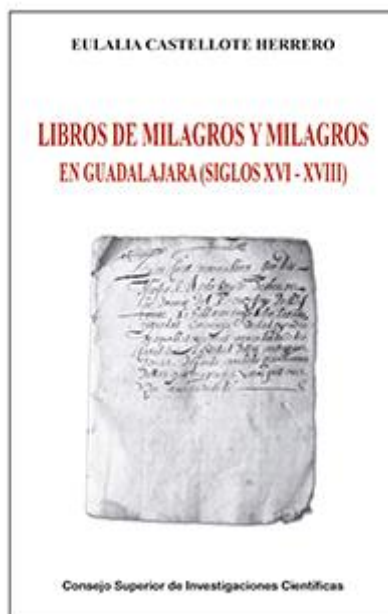


Eulalia Castellote Herrero, *Libros de milagros y milagros en Guadalajara (siglos XVI-XVIII)*. Madrid: CSIC, 2010. ISBN: 978-84-00-09136-1. 258 pp.

Reviewed by: José Manuel Pedrosa
Universidad de Alcalá



Es mucho lo que queda por avanzar en la dirección de la exhumación y recuperación de la letra pequeña (que a veces puede ser más informativa y más interesante que la grande) de la historia, la sociedad y la cultura de la España de los inicios de la Edad Moderna. Las grandes efemérides, los nombres célebres, los títulos de las obras señeras, están ya inscritos —algunos por méritos propios, otros por intereses nacionalistas sobrevenidos— con tipos de oro en la memoria de la patria y en los catálogos de las bibliotecas. Pero tan pesadas grandezas no se verían encaramadas sobre ese podio si no hubieran tenido debajo los hombros, casi siempre anónimos —y a menudo desollados—, de unas gentes del pueblo que arrastraban sórdidas vidas, marginaciones, supersticiones, las cuales no quedaron grabadas en el frontispicio de ningún sitio, pero sostuvieron el edificio de todo. Tan menudas como se ven cuando las ponemos en la escala de lo personal, y tan grandes y significativas como se tornan cuando fluyen hacia pautas de comportamiento grupal que acaban conformando aquello a lo que damos el sonoro título de *cultura popular*.

El auge que vivimos, cada vez más pujante, de los estudios de historia social y cultural, de microhistoria, etnohistoria, historia de la vida cotidiana, etc. etc. etc., está contribuyendo a una renovación y depuración cada vez más profundas —además de necesarias— de nuestro conocimiento de la España de los siglos pasados. Y llamando a un plano mucho más destacado del que nunca ocuparon a una abigarrada cantidad de fuentes documentales que estaban hasta ahora relegadas —si es que reparaba alguien en que existían— en sombras muy subsidiarias, meramente auxiliares, de nuestra ciencia de la historia y de la cultura. Por los resquicios de cartas, diarios, memoriales, escritos administrativos, pliegos, folletos, relaciones, gacetas, papeles efímeros, etc., a los que casi todos los manuales literarios otorgaban —si es que les otorgaban algo— pequeños

epígrafes, y muy pocos concedían capítulos dignos, nos llegan, en goteo creciente, indicios y noticias de valor excepcional —equiparables a veces a los que puedan proporcionar el más reconocido archivo o la más canónica literatura— acerca de cómo pensaban, sentían y vivían nuestros bisabuelos de aquellos siglos.

En el fondo de ese polvoriento almacén de antiguallas dormitaban hasta hace no mucho los que han sido llamados *libros de milagros*: un conjunto de textos por lo general manuscritos —aunque unos cuantos vieron también la letra impresa—, que eran producidos como registros documentales, con ínfulas de noticiosos, de los milagros que habían tenido presuntamente lugar en determinado templo o santuario. Y que servían, sobre todo, como altavoz propagandístico de sus excelencias milagreras. La mayoría de los expertos en literatura española no habrán leído jamás ningún *libro de milagros*, si exceptuamos los de Berceo, que no son ejemplos representativos del género porque sus ambiciones poéticas y estéticas lo desbordaban, y su falta de concreción geográfica y etnográfica se desviaba más hacia el marianismo o la hagiografía. Lamentable desinterés, en cualquier caso, el de los especialistas, porque los *libros de milagros* locales nos ofrecen un puesto de observación muy aventajado y poco convencional, y una auténtica mina de informaciones alternativas, de calidad etnográfica a veces muy consistente, sincera, realista, acerca de las ideas, creencias, prácticas rituales, vidas cotidianas, enfermedades, sanaciones, miedos, deseos, esperanzas de quienes construyeron la historia pequeña de los siglos pasados.

Leer las páginas de esta monografía sobre los *Libros de milagros y milagros en Guadalajara (siglos XVI-XVIII)* que nos entrega Eulalia Castellote Herrero es acceder a una experiencia cultural casi nueva. El “casi” se justifica porque antes había sido publicado otro libro de orientación y alcances equiparables: el *Libro de milagros de la Virgen de Orito* (1998) de Antón Erkoreka. Y ahí se acaba, prácticamente, la bibliografía crítica moderna, con edición, anotación y estudio de corpus amplios de textos, de los cientos de *libros de milagros* que produjeron los siglos que van del XVI al XIX sobre todo —aunque algunos arrancaron de la Edad Media y otros llegaron al XX—. La gran mayoría habrá de seguir esperando a que otros investigadores avisados y desprejuiciados caigan en el audaz impulso de editarlos. Es de esperar que pronto podamos disfrutar, menos mal, de la edición crítica de un conjunto interesantísimo de códices (que van desde el siglo XV al XVIII) relativos a los milagros presuntamente acaecidos en el monasterio cacereño de Guadalupe que prepara María Eugenia Díaz Tena.

La escuetísima bibliografía crítica y moderna de corpus textuales de milagros no deja de tener, por fortuna, el acompañamiento de otra bibliografía que la complementa desde otros flancos. Desde el ya clásico libro de síntesis de Jesús Montoya Martínez sobre *Las colecciones de milagros de la Virgen en la Edad Media. El milagro literario* (1981) hasta el artículo, breve pero modélico, de María Jesús Lacarra sobre “Una colección inédita de milagros de san Antonio de Padua” (2002). O el también artículo —que no libro— de Tomás González Cuellas “Nuestra Señora del Castillo Viejo. Libro de sus milagros. Valencia de Don Juan” (1997). Pasando, claro, por los estudios clásicos sobre religiosidad y devociones populares de don Julio Caro Baroja, William A. Christian, Honorio Velasco, Salvador Rodríguez Becerra, Ángel Gari, María Tausiet y unos cuantos más que no estaban articulados como ediciones textuales monográficas, pero que solían extraer textos de algunos *libros de milagros*, y aportaban informaciones, síntesis e interpretaciones que han quedado como puntos de referencias ineludibles sobre la materia. Muy al lado quedan también, por supuesto, los estudios de literatura hagiográfica —que se hallan cada día, ellos sí, más en boga—, cuyo rasero

esencialmente personal, biográfico, exaltador e idealizador de los milagros de santos del pasado, es distinto y al mismo tiempo complementario del registro esencialmente local, geográfico-etnográfico, exaltador de prodigios obrados por imágenes en el tiempo presente o cercano al presente, de los *libros de milagros*.

De todos los libros de milagros y obras aledañas que teníamos hasta ahora a nuestro alcance, este que nos aproxima a los *Libros de milagros y milagros en Guadalajara (siglos XVI-XVIII)* es, con mucho, el más extenso, completo, articulado, de más largos alcances. Presenta una amplísima selección textual de milagros extraídos de siete fuentes publicadas entre 1615 y 1766; de nueve “manuscritos que en su momento no llegaron a la imprenta”, y que van desde la época de Felipe II hasta 1766; de cinco documentos (informaciones, autos, averiguaciones) que se guardan en el Archivo de la Catedral de Sigüenza, fechados desde los inicios del XVII hasta los albores del XIX; y de unas cuantas “publicaciones menores sobre hechos milagrosos” (sermones, relaciones, novenas), también del XVII al XIX. Huelga decir que muchas de estas obras habían pasado siglos acumulando polvo hasta la exhumación que acometió, con enormes paciencia y escrúpulo, la autora de este libro, Eulalia Castellote Herrero, especialista bien reconocida en etnografía del pasado y del presente, espiritual y material, de la provincia de Guadalajara. A ella se debe una introducción documentadísima sobre la religiosidad popular, el culto a las imágenes, las devociones milagreras, el ritual de las romerías, el perfil distintivo de cada ermita y santuario tenidos en cuenta, de aquella provincia; una descripción y justificación de las fuentes que utiliza; y una edición densa y generosa —trufada, por cierto, de sus propias fotografías—, que además de transcribir tal cual los milagros más importantes y significativos, remite a otros que no tiene espacio para reproducir organizando sus fichas en “índices” muy detallados. Para que sirva de muestra: el del santuario del “Nuestra Señora de los Llanos (Hontoba)”, del que se detallan los “milagros relacionados con la imagen y su advocación”, “del poder de la Virgen sobre los demonios”, “contra las tempestades y sequías”, “resucita a los muertos”, “fecundidad milagrosa”, “batallas y riesgos”, “maravillas librando del agua y del fuego”, “peligros y pérdidas”, “poder en librar a sus devotos de todo género de enfermedades...” y “milagros producidos en los últimos años”.

Las calidades etnográficas, sociológicas, literarias de los relatos que se suceden en estos *Libros de milagros y milagros en Guadalajara* son, en un corpus que se fue construyendo de manera dispersa y sin ningún programa coherente durante siglos, tan desiguales como cabe esperar. Pero a cada poco (o a cada muy poco) saltan entre sus páginas documentos verdaderamente impresionantes, por la viveza, dramatismo, a veces crudeza de la narración, o por lo asombroso de los casos que evocan.

Como un ejemplo vale más que mil valoraciones, fijémonos en este sorprendente milagro —que bajo su aparente simplicidad oculta una trama de creencias y de fuentes y paralelos culturales complejísimo, que en otra ocasión intentaré desentrañar— que aconteció a finales del XVI en el monasterio de Nuestra Señora de Monsalud de Córcoles:

Así sucedió a un hombre honrado, vecino de la villa de Colmenar de Oreja, que habiendo salido una mañana a caza y fatigado del mucho ejercicio, se recostó para descansar junto a un árbol. El perro que llevaba estuvo mientras su amo dormía puesto cerca de la *cabeza* y ya fuese mala influencia de su aliento, ya otra causa oculta, al despertar el buen *cazador* se halló privado de juicio, dando en un tema el más raro que se ha oído. Decía que el perro traidor le había sorbido poco a poco los sesos.

Embravecíase contra el Rey diciendo que si hiciera justicia ya hubiera obligado al perro a que le devolviese lo que injustamente retenía. Causaba lástima y risa el asunto; acudían a desengañarle todos y nadie lo conseguía, porque con mucha paz refería cómo salió a caza, cómo cansado se rindió al sueño, cómo el perro le había sorbido los sesos y aquí se embravecía contra el Rey, echándole toda la culpa y quejándose de que no le hacía justicia. No comía ni descansaba; era ya una viva imagen de la muerte. Rendíanse los médicos y lo pagaba en lágrimas un hermano suyo, que en medio de tanta aflicción se acordó de Nuestra Señora de Monsalud. Trájole a esta Casa y dándole pan bendito mojado en el santo aceite empezó a comer y al segundo bocado se halló restituido a su entero juicio, con admiración y regocijo de los circunstantes, que alabaron a Dios en su Madre Santísima (p. 156).

Calcule el lector, avisado de que casi cada página de este libro grueso y apretado nos cuenta milagros, casos o relatos —llámelos cada uno como prefiera— de este jaez, cuántas y cuán insospechadas ventanas nos abre al corazón mismo de los modos de enfermar y de curarse (o de querer curarse), de creer, sentir, temer, enloquecer, de las gentes de los siglos pasados.

Y un aviso, para terminar: Eulalia Castellote nos previene (y extracta y comenta atinadamente) sobre la originalidad del *Libro de la aparición, y Milagros de la muy Milagrosa Imagen de Nuestra Señora del Madroñal, sita en la jurisdiccion (sic) de la Muy Noble Villa de Auñón*, por Fray Miguel de Yela, 1667. De hecho, nos informa, en la página 42 de su introducción, de que

solo la obra de fray Miguel de Yela sobre el santuario del Madroñal se convierte en un relato autobiográfico, en el que el autor, tras seguir las pautas exigidas por el canon que hemos indicado, narra en primera persona sus propias vivencias. No se trata de historias contadas por otros, o transcritas de los numerosos milagros que colgaban de las paredes del templo, sino de hechos que fueron presenciados por él, que extendió la devoción a esta imagen junto con sus misiones franciscanas y exorcizó en el santuario a un sinnúmero de energúmenos, cuya curación relata pormenorizadamente. Los datos que aporta han sido estudiados con detalle y su análisis clarifica el concepto y tratamiento de la posesión demoníaca en el siglo XVII.

Reténganse las identificaciones del autor y de la obra —mucho menos citados por los especialistas de lo que sería justo—, a los que el futuro —ojalá que el muy próximo— acabará reconociendo, además de como hitos literarios impactantes, con su raro y fascinante uso de la primera persona, como puerta principalísima de acceso —o de descenso— a las entrañas más perturbadoras y reservadas del tortuoso sistema de creencias y rituales de nuestros Siglos de Oro.